

Amar y servir a la Iglesia es nuestra vocación y misión

Mons. Fernando OCÁRIZ

Vicario general
de la Prelatura del Opus Dei

Josemaría Escrivá, cuando predica o escribe sobre la Iglesia, no se sitúa nunca en un plano abstracto, sino en la realidad viva del misterio de salvación, con una veneración y un amor inseparables de su vibrante pasión por Jesucristo. Porque, como afirma en una homilía, «la Iglesia es eso: Cristo presente entre nosotros; Dios que viene hacia la humanidad para salvarla, llamándonos con su revelación, santificándonos con su gracia, sosteniéndonos con su ayuda constante, en los pequeños y en los grandes combates de la vida diaria» (*Es Cristo que pasa*, n. 131).

Sobre este fondo resalta, como uno de los rasgos más característicos de su visión de la Iglesia, el de la universalidad. La Iglesia es ante todo la *Iglesia universal*: una, santa, católica y apostólica, gobernada por los obispos bajo la autoridad suprema del Romano Pontífice y, por tanto, romana. Al mismo tiempo, san Josemaría tuvo siempre muy viva la convicción de que la Iglesia universal se hace presente y actúa en las Iglesias particulares (cf. *Christus Dominus*, 11). De ahí, junto a la plena e incondicional adhesión al Sucesor de Pedro, su unión con los obispos diocesanos, afirmada y vivida siempre como esencial para la unidad de la Iglesia. Al ser el Episcopado «uno e indiviso» (Vat. I, const. *Pastor aeternus*, Prólogo), la unión con el Papa implica necesariamente la unión con el obispo de cada Iglesia particular. Así lo exponía, ya en 1932, el fundador a los fieles del Opus Dei: «Esta unión que vivimos con el Romano Pontífice, hace y hará que nos sintamos unidísimos en cada diócesis al Ordinario del lugar» (*Carta*, 9 de enero de 1932, n. 21).

El espíritu universal con que Josemaría Escrivá contemplaba y amaba a la Iglesia, además de enraizarse en una correcta eclesiología, fue ciertamente potenciado por la universalidad de la misión que le confió el Señor el 2 de octubre de 1928. Refiriéndose a esta fecha, comentaba a un grupo de fieles



del Opus Dei en 1964: «Algunos me preguntarán: Padre, ¿y aquel 2 de octubre de 1928...? Aquel día, el Señor, en su Providencia, quiso que en el seno de la Iglesia Santa, de la Iglesia Católica que, por ser romana es universal, naciera esta pequeña simiente que hoy está produciendo frutos en tantos miles de corazones de todas las razas, de tantos países» (*Meditación*, 2 de octubre de 1964). En el seno de la santa Iglesia, afirma: el Opus Dei no está dentro de la Iglesia simplemente como en un ámbito de acción; ha nacido dentro de la Iglesia, pero también de la Iglesia —in et ex Ecclesia—, como toda realidad auténticamente eclesial.

Esos frutos apostólicos en «corazones de todas las razas, de tantos países» constituyen obviamente un servicio directo a la misión de la Iglesia, un servicio a la misma Iglesia. Josemaría Escrivá consideró siempre este servicio la razón de ser del Opus Dei. Por ejemplo, dos años antes de su fallecimiento recordaba una vez más: «No tenemos otro fin que servir al Señor, a su Iglesia

Santa, al Romano Pontífice, a las almas todas. Si la Obra no prestara ese servicio, no la querria: se habría desnaturalizado» (*Carta*, 17 de junio de 1973, n. 11). Este servicio a la Iglesia tiene una naturaleza peculiar, porque no es el servicio que una institución presta a otra distinta, sino el de la parte al todo, el de un miembro a los demás miembros del mismo cuerpo. Y análogamente a como en el cuerpo cada miembro sirve a los demás primaria y esencialmente cumpliendo su propia función, así también en la Iglesia cada miembro —en este caso la prelatura del Opus Dei— sirve a los demás miembros ante todo cumpliendo la propia misión específica dentro de la única misión de la Iglesia.

Esta misión específica de servicio a la Iglesia es, ciertamente, específica en el espíritu y en los modos apostólicos, pero no sectorial, sino universal, porque se extiende a la santificación del trabajo y de todas las actividades humanas honestas. Como explicaba el fundador, «no tiene nuestra labor apos-

tólica una finalidad especializada: tiene todas las especializaciones, porque arraiga en la diversidad de especializaciones de la misma vida; porque enaltece y eleva al orden sobrenatural, y convierte en auténtica labor de almas, todos los servicios que unos hombres prestan a los otros, en el engranaje de la sociedad humana» (*Carta*, 9 de enero de 1959, n. 14). Se trata de una universalidad que es participación de la universalidad de la Iglesia y que, junto con otros aspectos igualmente esenciales, hizo que el Opus Dei —como previó su fundador— encontrase su forma jurídica adecuada en la «prelatura personal para peculiares obras pastorales».

La consideración de la especificidad o peculiaridad de una tarea pastoral, dentro de la misión de la Iglesia, nos recuerda que la universalidad, entendida como *catolicidad*, tiene entre sus características la de la *unidad en la diversidad*: es decir, la vitalidad de la Iglesia para acoger en una sólida unidad una gran variedad de ministerios, carismas, espiritualidades y formas de apostolado. Se manifiesta así también la Iglesia como misterio de comunión; en efecto, «la universalidad de la Iglesia comporta, por una parte, la más sólida unidad, y por otra, una pluralidad y una diversificación que no obstaculizan la unidad, sino que le confieren a su vez el carácter de comunión» (Juan Pablo II, *Discurso*, 27 de septiembre de 1985). Como recuerda Josemaría Escrivá, «cada uno tiene de Dios su propio don, quien de una manera, quien de otra (cf. 1 Co 7, 7). Pero esas diferencias han de estar al servicio del bien de la Iglesia» (*Amigos de Dios*, n. 234).

En el servicio a la universal *communio fidelium* —que es también *communio Ecclesiarum*—, cada uno según la propia vocación-misión dentro de la Iglesia, se encuentra ciertamente una de las claves para la nueva evangelización: «Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: este es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo» (*Novo millennio ineunte*, 43).

Conocí a un hombre que sabía amar

Martín KÜCKING

Filólogo

En los 27 años que han transcurrido desde su *dies natalis*, el 26 de junio de 1975, muchas personas se habrán preguntado por el «secreto» de su vida: ¿por qué arrastraba tanto?, ¿por qué despertaba en las personas que le escuchaban, que leían y leen sus escritos, deseos de volver a Dios, de tratarle como a un Padre, a un Amigo, al Amor..., de acercarle almas?

Sólo cabe una respuesta: Josemaría Escrivá arrastraba, ciertamente, por la personalidad fuerte que sin duda tenía, pero mucho más por el amor de Dios que llenaba su vida.

He tenido la enorme fortuna de trabajar muchos años junto a quien desde el pasado 6 de octubre es san Josemaría Escrivá de Balaguer, y he sido testigo de este amor, de su plena adhesión y fidelidad a la Iglesia y al Santo Padre, del cariño a sus hijos y a todas las almas, de su laboriosidad incansable y de su esfuerzo constante por vivir las virtudes cristianas.

La entera existencia de Josemaría Escrivá de Balaguer estaba centrada en Jesucristo, el gran amor de su vida. En sus últimos años solía exclamar con el salmista: «¡Buscaré, Señor, tu rostro!, «vultum tuum, Domine, requirami» (cf. *Sai* 27, 8). Ansiaba ver el rostro del Se-

ñor. Y junto a ese querer, diría que precisamente por su causa, amaba a todos los hombres con pasión, y de modo particular a sus hijos: era un sacerdote que sabía querer, con un querer sobrenatural y humano al mismo tiempo. Su presencia y sus palabras arrastraban hacia Dios y, a la vez, lograban que las personas se encontrasen a gusto: se estaba muy bien a su lado y se palpaba que compartía con un interés auténtico todo: la salud física y espiritual, la tarea profesional, amistades, la familia, las alegrías y pesares...

En la homilía «Con la fuerza del amor» (*Amigos de Dios*), haciendo suyas las palabras de san Juan: «El celo de tu casa me consume» (cf. *Jn* 2, 17), resalta que le consume el hambre de que se salve la humanidad entera.

El Señor ha querido el Opus Dei para reavivar entre los cristianos comunes, hombres y mujeres que pueblan la tierra y forman con sus iguales el tejido de la sociedad, el eco de la llamada a la santidad. Cualquier ocupación humana honesta —el trabajo ordinario, desempeñado en el mundo de manera laical y secular—, se puede convertir en servicio a la Iglesia santa, al Romano Pontífice y a todas las almas. La universalidad de los horizontes apostólicos de Josemaría Escrivá, consecuencia del carisma fundacional y de su propia correspondencia a la gracia, encuentra su

punto de referencia esencial en las páginas del Evangelio: en el ejemplo y la doctrina del Señor. Con mucha frecuencia estaba en sus labios, como previamente en su oración, la descripción de esta o aquella escena evangélica que pone de manifiesto el inmenso amor del Salvador a todos los hombres. «No es posible separar en Cristo su ser de Dios-hombre y su función de Redentor», escribe en *Es Cristo que pasa*, y continúa: «El Verbo se hizo carne y vino a la tierra ut omnes homines salvi fiant (cf. 1 Tm 2, 4), para salvar a todos los hombres. (...) Nuestro Señor ha venido a traer la paz, la buena nueva, la vida, a todos los hombres. No sólo a los ricos, ni sólo a los pobres. No sólo a los sabios, ni sólo a los ingenuos. A todos. A los hermanos, que hermanos somos, pues somos hijos de un mismo Padre Dios. No hay, pues, más que una raza: la raza de los hijos de Dios. No hay más que un color: el color de los hijos de Dios. Y no hay más que una lengua: esa que habla al corazón y a la cabeza, sin ruido de palabras, pero dándonos a conocer a Dios y haciendo que nos amemos los unos a los otros».

Su mensaje se dirigía y se dirige a todos, sin ningún tipo de discriminación: raza, nacionalidad, religión, clase social. Le urgía que el anuncio de la llamada universal a la santidad que difundió el Opus Dei llegase al mayor número

de almas. Muchas naciones saben de su caminar por las calles de las grandes metrópolis —Londres, París, Lisboa, Roma, Munich, Dublín...— y de pequeñas aldeas sin fin. Tantas veces solía comentar que había llenado de avemarías las carreteras de Europa. Pero el itinerario más importante lo emprendía diariamente en su oración encendida junto al santísimo Sacramento, presentando al Señor su sed de almas, los afanes apostólicos de sus hijas e hijos en todos los países. Cuando se retiraba por la noche y antes de conciliar el sueño, repasaba con la imaginación el *mapamundi*, empezando por Oriente y adorando al Señor en los sagrados del mundo: los que conocía, porque estaban en centros del Opus Dei, y los que no conocía.

Su Santidad Juan Pablo II ha canonizado a Josemaría Escrivá de Balaguer. Siempre que la Iglesia eleva a los altares a un hijo o hija suya, presenta a sus fieles un ejemplo vivo. Es como si dijera a cada uno: «Sí, ¡tú también puedes!». Por eso, junto al agradecimiento enorme al Santo Padre y a la Iglesia, deseo acabar estas líneas con una petición encendida al nuevo santo para que nos ayude a tener su afán de almas, a saber entregarnos a los hombres y mujeres con quienes convivimos y así hacer llegar al mundo el mensaje de la paz y alegría de Cristo.